

# LA APARICION DEL FALSO ALFONSO I EL BATALLADOR

Por ANTONIO UBIETO ARTETA

**C**UENTA Zurita que «aconteció cierta novedad, que fue como una representación de un espectáculo muy memorable e insigne a los ojos de todo el pueblo, gobernando la reina doña Petronila sus reinos, no teniendo el príncipe don Alonso su hijo once años cumplidos, que causó cierta alteración y escándalo en la tierra, mayormente cerca del vulgo, que de su condición es amigo de cosas nuevas, y ligeramente las recibe y aprueba».

«Esto fue que, casi de improviso, se levantó fama por el reino que el emperador don Alonso I el Batallador, rey de Aragón, que fue muerto por los moros en la batalla de Fraga [1134], veinte y ocho años había era vivo. Tras este rumor salió un hombre que dijo ser el mismo; y comenzándose la cosa a divulgar, dióse gran crédito por la gente popular, incitándola algunas personas que no holgaban que la reina se empachase en el gobierno del reino, y no debía faltar quien le recogiese y amparase, ayudándole para que volviese a su primer estado y dignidad. Pudo con artificio persuadir a muchos, representando en su persona y semblante gravedad para autorizarse, de manera que le tuviesen reverencia y entendiesen que era merecedor de la dignidad en que se decía se había visto, y para esto ayudaba la edad muy anciana, que suele ser favorecida comúnmente; más aunque se pusiera en juicio de los ricos-hombres y de la corte, como era costumbre, no podía haber justa causa para que hubiese dejado el reino quando más necesidad tenía de su

favor y amparo, desamparando sus leales vasallos y súbditos, que tan bien y fielmente le sirvieron en las guerras que tuvo, y estribando todo el estado del reino en su persona, parecía cosa de burla haber fingido ser muerto y estar encubierto tanto tiempo y sucediendo las cosas en gran turbación y miseria, cuando andaban buscando quien se amparase de este reino y tuviese el gobierno de él, nunca había aparecido, ni después se quiso descubrir en veinte y ocho años a sus amigos y familiares, siendo vivos los que pudieran convencerle de falsedad».

«Pero puede tanto la disimulación y astucia que respondiendo con gran confianza y osadía, increpábalos como a desconocidos e ingratos, diciendo que hallaba a sus súbditos y naturales más crueles contra sí que habían sido en su destierro los turcos, enemigos de la fe, y que no pudiendo tolerar la indignidad e ignominia de verse vencido por los moros, habiendo sido siempre vencedor, se fue para Asia como peregrino, a donde se halló en muchas batallas que los cristianos tuvieron con los turcos, y acusaba de ingrata a la patria y a sus naturales, porque viéndole en miseria, después de haber pasado tantos trabajos y peligros, le trataba con tanto desconocimiento».

«Nombraba muchas personas de Aragón y Castilla que en ambos reinos le habían conversado familiarmente, y reducía a la memoria diversas cosas, que en particular y secretamente había con ellos tratado. Con esto llegó a ganar tanto crédito que, a dicho de todos los más ancianos, era habido y reputado por el mismo y verdadero don Alfonso [el Batallador], a cuya memoria eran aficionados generalmente».

«Comenzaba mucha gente y pueblo a seguirle y servirle y tenerle por verdadero rey y señor, e iban cada día confirmándose más en su opinión, por la razón que daba a cada uno de quién era, y del origen y de los linages y casas del reino, y de la sucesión de ellas, y de las hazañas de sus progenitores, recontando muchos hechos que en su tiempo hicieron en las guerras pasadas. Creciendo el número de los que esta voz y opinión tenían, por orden y consejo de algunos ricos-hombres que amaban el servicio de la reina y del príncipe su hijo, estando, según algunos dicen, en Zaragoza, fue preso y mandado ahorcar. Y con esta ejecución y castigo se sosegaron los ánimos de muchos que deseaban nuevas causas de alteraciones y bullicios» (*Anales*, libro II, cap. 22).

El insigne analista aragonés sitúa estos acontecimientos en el año 1162, seguidamente de la muerte del conde Ramón Berenguer IV, padre

del nuevo monarca Alfonso II. Pero no dice de dónde toma la noticia, aunque depende más o menos directamente de la crónica del arzobispo toledano Ximénez de Rada, escrita a mediados del siglo XIII<sup>1</sup>.

Pero la versión de Zurita presenta una serie de noticias que no aparecen en su fuente y que denotan una elaboración posterior al siglo XIII. Zurita quizás añadió a la vieja versión algunos detalles. Y, sobre todo, aceptó como hecho histórico lo que en el Toledano aparece envuelto en la leyenda.

El Toledano recogió varias versiones sobre la muerte de Alfonso I el Batallador en el desastre de Fraga (1134): unos lo consideraron vencido y muerto; otros muerto, pero con desaparición de su cadáver; otros como enterrado en el monasterio de Montearagón, y, finalmente, existió la idea de que avergonzado de su derrota, Alfonso I el Batallador huyó del campo de batalla para vivir en hábito de peregrino y hacer penitencia. La *Crónica de los Estados Peninsulares* llega a puntualizar que vivió en Jerusalén<sup>2</sup>. Y el Toledano añade que al cabo del tiempo, se presentó en Aragón un hombre que decía ser el tal Alfonso I el Batallador y que muchas veces lo recibieron como tal.

La historiografía posterior a Zurita consideró el problema del pseudo Alfonso el Batallador como una leyenda, hasta que Mr. Marcelin Defourneaux, director adjunto del Instituto Francés en Madrid, ha divulgado<sup>3</sup> una carta escrita por Alfonso II de Aragón a Luis VII el Joven, rey de Francia, en la que se alude a tal suplantador y se procura

1. XIMÉNEZ DE RADA dice: «[Alfonsus] nam victus occiditur et si occisus inventus fuerit dubitatur. Ab aliquibus enim dicitur corpus eius in Montis Aragonis monasterio tumulatum a mauris tamen ante redemptum. Ab aliis dicitur vivus a proelio evasisse et confusionem proelii nequens tolerare peregrinum se exhibuit huic mundo effigie et habitu immutatus. Et annis aliquot interpositis, quispiam se ostendit qui se eundem publice fatebatur et multorum Castellæ et Aragoniæ id ipsum testimonio affirmabant qui cum eo in utroque regno fuerant familiariter conversati et ad memoriam reducebant secreta plurima que ipse olim cum eis habita relegebat et antiquorum assertio ipsum esse firmiter asserebat. Demum tamen quia cum ex regno plurimi sectabantur et de die in diem eorum numerus augebatur. Aldefonsus rex Aragoniæ fecit eum suspendio interire» (*De rebus Hispaniæ*, II [Madrid, 1793], págs. 150-151).

2. «Otros dicen que de vergüenza que era vencido sent passo la mar a Jerusalem, pero nunca lo trovaron ni muerto ni vivo. Otros dicen que a tiempo vino en Aragon e fablo con algunos que sopieran de sus poridades. Otros que alli se perdio e non fue conosciado» (*Crónica de los Estados Peninsulares. Texto del siglo XIV*, edic. por ANTONIO UBIETO ARTETA, Granada, 1955, p. 128). La *Crónica de San Juan de la Peña* depende íntegramente del Toledano y de la *Crónica de los Estados Peninsulares*: por ello prescindimos de sus noticias.

3. MARCELIN DEFOURNEAUX, *Louis VII et le souverains espagnols. L'enigme du «Pseudo-Alphonse»*, en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, VI, Madrid, 1956, págs. 647-661.

conseguir la atención del monarca francés en perjuicio del falsario. Con esta carta <sup>4</sup>, la leyenda se ha convertido en realidad. Y vamos a precisar su cronología, un tanto incierta hasta ahora.

### LA NARRACIÓN LEGENDARIA

Hemos indicado que la primera vez que aparece la noticia alusiva al pseudo Alfonso I el Batallador se encuentra en la historia del arzobispo toledano Ximénez de Rada <sup>5</sup>. La *Primera Crónica General* interpretó así el pasaje del autor citado: «Sobre este advenimiento de la muerte que le aconteció allí, dicen unos que no apareció más vivo ni muerto; otros dicen que apareció su cadáver y fue enterrado en Montaragón. Otros dicen aún—porque muchas fueron las versiones de los hombres sobre la muerte de tal rey—, que salió vivo de la batalla y que se hizo peregrino, y después de gran tiempo reapareció, y muchas gentes de Castilla, León y Aragón que le hablaron afirmaban que era Alfonso I el Batallador, rey de Aragón, pues se acordaban de muchas cosas que él les decía y de muchas conversaciones que con él habían tenido. Y cuando el rey Alfonso II de Aragón, que reinaba en Aragón entonces, vio que creían en él la gente y los caballeros y aumentaba su poder de día en día, temiendo que pudiese perder el reino, mandó prender al supuesto Alfonso I el Batallador y lo hizo matar» <sup>6</sup>.

A base de estas narraciones, Zurita compuso su relato, añadiendo que Alfonso II tenía once años cuando apareció el pseudo Alfonso I el Batallador <sup>7</sup>, que doña Petronila era regente <sup>8</sup>, que hacía veintiocho

4. Reproducimos el texto íntegro en apéndice.

5. Cfr. texto copiado en la nota núm. 1.

6. Cfr. *Primera Crónica General de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289*, edic. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, II, Madrid, 1955, páginas 648-649. Puede comprobarse, comparando estas noticias con las del Toledano, que la *Primera Crónica General* depende del texto copiado aquí en la nota núm. 1.

7. Zurita creía que Alfonso II nació en abril de 1152 (*Anales*, libro II cap. XII). Pero esta fecha no ha sido aceptada por UBIETO ARTETA (*El nacimiento de Alfonso II de Aragón*, en «EEMCA», IV, págs. 419-426) y JAIME CARUANA GÓMEZ BARREDA (*Sobre el nacimiento de Alfonso II de Aragón*, en «Teruel», núm. 11). Alfonso II nació entre el 1 y el 25 de marzo de 1157, en Huesca (cfr. UBIETO ARTETA, *De nuevo sobre el nacimiento de Alfonso II de Aragón*, en «EEMCA», VI, págs. 203-309). Luego, cuando comenzó a reinar, tenía cinco años y cuatro meses.

8. Sobre los problemas que plantearon las regencias en Aragón, vid. JOSÉ MARÍA RAMOS LOSCERTALES, *La sucesión del rey Alfonso VI*, en «Anuario de Historia del Derecho Español», XIII (1936-1942). En otro lugar he insistido en que Ramón Berenguer IV dejó

años que había fallecido el verdadero monarca Batallador<sup>9</sup>. Sin embargo, en ningún caso acertó Zurita. Alfonso II tenía más de once años cuando se produjo tal hecho, habían pasado más de veintiocho años de la muerte del conquistador de Zaragoza y doña Petronila no actuaba como regente.

### LAS CARTAS DE ALFONSO II A LUIS VII DE FRANCIA

Publicadas hace más de un siglo estas cartas, sólo han sido utilizadas recientemente entre nosotros por Mr. Defourneaux en un interesante trabajo, donde replantea las relaciones de los monarcas Alfonso II de Aragón y Luis VII de Francia con motivo del surgimiento del pseudo Alfonso I el Batallador<sup>10</sup>.

En una de esas cartas recuerda el aragonés la amistad que tuvo su padre el conde Ramón Berenguer IV con Luis VII el Joven y expresa su deseo de continuarla, poniéndose al servicio del francés con su tierra y los varones de su reino. Alfonso II promete intimar con él como elegido amigo, y le recuerda que—por la gracia de Dios—prospera en todo, que domina vigorosamente en todas sus tierras y en ellas como rey reina, que tanto en España como en otras regiones realiza sus negocios honoríficamente y según sus deseos.

Además, le anuncia, el obispo de Lérida, portador de las cartas, le dará nuevas noticias, que puede creer como si él mismo las contase, y luego el prelado irá a la curia romana, rogando el aragonés a Luis VII le ayude con su útil consejo y cuantas cosas necesite para el viaje, si le place<sup>11</sup>.

en su testamento a su hijo Alfonso II bajo la protección de Enrique II de Inglaterra; los *Gesta Comitum Barcinonensium* presentan al conde de Provenza, Ramón Berenguer, como rector de la curia real aragonesa, y en septiembre de 1162, un documento alude a Fernando II, rey de León, como tutor y protector del pequeño Alfonso II. Por otro lado, los documentos aragoneses coetáneos presentan una serie de testigos junto al monarca, en todo momento, lo que hace pensar en la existencia de un consejo de regencia integrado por algunos obispos y ricos hombres (cfr. ANTONIO UBIETO ARTETA, *El nacimiento de Alfonso II de Aragón*, p. 425).

9. Insiste en la cifra porque considera que la aparición fue al comienzo del reinado de Alfonso II, que se inició a los veintiocho años de la muerte del Batallador.

10. Cfr. artículo citado en nuestra nota núm. 3.

11. Cfr. el texto de tal carta en apéndice. Estas cartas fueron publicadas en *Recueil des Historiens des Gaules et de la France (Correspondance de Louis VII)*, XVI, París, 1878, 2.<sup>a</sup> edic., págs. 71-72, las reproducimos aquí. No creo que exista relación entre estas cartas y el conde Rodrigo aludido en otra carta indatada y dirigida al rey de Francia.

En la otra carta, entre las cosas que le comunicará el obispo de Lérida, le hace saber que el anciano que fraudulentamente finge ser su tío abuelo el rey Alfonso el Batallador, ha revuelto su reino con su maquinación y fraude y que vivía entonces en la tierra francesa. Alfonso II de Aragón se admirará de que la discreción siempre famosa y laudable de Luis, permita la permanencia en sus dominios a un hombre engañador y de tanta falsedad. Le recomienda encarcele y ejerza severa justicia, rogándole confiada y obstinadamente que tan pronto como lo encuentre, tome justicia de su cuerpo, por lo cual le será siempre deudor <sup>12</sup>. Estas dos cartas confirman lo que parecía hasta ahora una leyenda: durante el reinado de Alfonso II de Aragón (1162-1196) apareció un personaje que dijo ser el desterrado Alfonso I el Batallador (1104-1134), dispuesto entonces a recuperar el reino que había abandonado después de la batalla de Fraga. Estamos dentro de la línea de las grandes «resurrecciones» de monarcas desaparecidos en circunstancias excepcionales, como Alejandro el Grande, el Delfín Luis XVII de Francia, Federico Barbarroja y Alejandro I de Rusia <sup>13</sup>, fuera de nuestras fronteras, o el caso de Hixem II, resucitado en el esterero de Calatrava en la España de comienzos del siglo xi. La figura de Alfonso I el Batallador aparece envuelta, ya durante su vida, en un halo legendario, como denotan las acciones de los burgueses de Sahagún cuando hablan con regodeo de la presencia de tal monarca en su población o simplemente presumen que puede ayudarlos contra el abad y los monjes <sup>14</sup>.

### EPOCA DE LA APARICIÓN

Las crónicas que hablan del pseudo Alfonso I el Batallador no precisan los años durante los cuales inquietó a Alfonso II de Aragón (1162-1196). Las cartas aludidas tampoco tienen fecha. De ahí que haya de atribuírseles una cronología incierta. Zurita, sin explicar los motivos, cree que el pseudo Alfonso I el Batallador surgió a la muerte de Ramón Berenguer IV, en 1162, debiendo morir en 1163 (Zurita, *Anales*, lib. II,

12. Cfr. el texto en apéndice.

13. Así lo resalta acertadamente DEFOURNEAUX, *Louis VII et les souverains espagnols*, pág. 660.

14. Vid. *Las Crónicas Anónimas de Sahagún*, edic. de JULIO PUYOL Y ALONSO, Madrid, 1920. Una visión de conjunto sobre este personaje en JOSÉ MARÍA LAGARRA, *Semblanza de Alfonso el Batallador*, Zaragoza, 1949.

cap. XXII). Los editores de las cartas reseñadas las fechan en 1163 ó 1164, quizás dejándose influenciar por aquel gran historiador. Pero hay indicios de que son un tanto posteriores. Veamos:

En una de las cartas se habla del viaje del obispo de Lérida a Roma <sup>15</sup>. En el cisma originado con motivo de la muerte del papa Adriano IV (1159), la corona aragonesa siguió el partido del papa Alejandro III (1159-1181), frente al antipapa Víctor IV (1159-1164), protegido por el emperador Federico I Barbarroja, aliado político a su vez del difunto Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y príncipe de Aragón, padre de Alfonso II <sup>16</sup>.

Los testimonios que aluden al reconocimiento aragonés de la autoridad espiritual de Alejandro III son abundantes: el 16 de septiembre de 1162 tomaba el monasterio de Veruela bajo la protección pontificia <sup>17</sup>; el 25 de julio de 1163 enviaba una bula al obispo de Zaragoza, Pedro, aprobando las posesiones de la iglesia zaragozana <sup>18</sup>; lo mismo hacía con la iglesia del Santo Sepulcro de Calatayud el 3 de enero de 1164 <sup>19</sup>; el 13 de agosto de 1165 confirmaba al obispado de Zaragoza la posesión de Uncastillo <sup>20</sup>; al día siguiente permitía al obispo de Jaca-Huesca que pudiese enterrar monjes en el monasterio de Santa Cristina del Somport <sup>21</sup>.

Hay que pensar, pues, que el prelado ilerdense fuese a Roma para entrevistarse con el papa legítimo, no con el antipapa sostenido por Federico I Barbarroja. Pues bien, Alejandro III no pudo residir en Roma desde enero de 1162 hasta el 23 de noviembre de 1165, permaneciendo durante ese tiempo en tierras francesas. Luego el viaje del obispo leridano a Roma sólo pudo producirse después del 23 de noviembre de 1165, fecha que invalida las apuntadas hasta ahora para las cartas de Alfonso II al rey de Francia Luis VII, que aluden al pseudo Alfonso I el Batallador.

15. Cfr. carta en apéndice núm. I. Este dato sobre el viaje del obispo ilerdense a Roma es el único por ahora que puede servir para datar la aparición del falso Alfonso I el Batallador. Y vamos a procurar fijarlo con exactitud.

16. Sobre estos problemas pontificios y los que luego reseñamos basta ojear cualquier manual. Vid. por ejemplo, como más asequible, la *Historia de la Iglesia Católica, II. Edad Media*, por el P. RICARDO GARCÍA VILLOSLADA, S. J., Madrid, 1953, en la «Biblioteca de Autores Cristianos».

17. Esta bula y las que aludimos seguidamente fueron publicadas por PAUL KEHR, *Papsturkunden in Spanien. II. Navarra und Aragon*, II, Berlín, 1928, núm. 95.

18. Publ. KEHR, *Papsturkunden*, II, núm. 100.

19. Publ. KEHR, *Papsturkunden*, II, núm. 101.

20. Publ. KEHR, *Papsturkunden*, II, núm. 103.

21. Publ. KEHR, *Papsturkunden*, II, núm. 104.



El viaje del obispo de Lérida a Roma, ha de ser, pues, el único testimonio utilizable para datar esas cartas, si bien luego veremos que hay otro totalmente independiente de ellas.

Tal viaje tuvo pocas probabilidades de realizarse en los primeros años del pontificado de Alejandro III. La mayor parte del tiempo permaneció fuera de Roma, en luchas con el emperador Federico Barbarroja y los antipapas Pascual III (1164-1168) y Calixto III (1168-1178). Sólo después de la batalla de Legnano (mayo de 1176) pudo Alejandro III considerar vencido a su enemigo Federico Barbarroja, que se reconciliaba con el papa el 24 de julio de 1177.

Alejandro III convocaba seguidamente el III concilio de Letrán, que iba a resolver los problemas difíciles que la Iglesia tenía planteados. Entre los trescientos obispos asistentes se encontraban los españoles de Calahorra y Lérida <sup>22</sup>: se produjo en el mes de marzo de 1179.

La primer mención que conocemos de un viaje a Roma hecho por un obispo de Lérida, después de la muerte de Ramón Berenguer IV y el entronizamiento de Alfonso II de Aragón, se remonta a marzo de 1179. Las cartas que aluden al pseudo Alfonso el Batallador, escritas por Alfonso II de Aragón a Luis VII de Francia serán, pues, de los últimos meses de 1178 o, lo más, enero de 1179, pues hay que suponer necesitaría el prelado leridano de unos tres meses para visitar al rey francés y llegar luego a Roma.

Hay un testimonio que afianza esta cronología tardía para la aparición del pseudo Alfonso I el Batallador: se encuentra en unos anales publicados hace años. Dice así, referido al 1181: «Vino un ferrero e dixo: «yo so don Alfonso, el que presó a Çaragoça e Cadatayut e Daroqua»; e recebido es en aquellos lugares con grant honra e con grant ponpa. E dice muchas cosas que semeiavam verdat de lo passado quel havia fecho. E era tenido por senyer e por don Alfonso. E despues fue conocido que non era aquel, e enforcáronlo muy desonradament devant la ciudad de Barcelona» <sup>23</sup>.

La cronología de la actuación del pseudo Alfonso el Batallador hay

22. El viaje del obispo Berenguer, de Lérida, a Roma para asistir al III concilio de Letrán es conocido hace años. Cfr. GAMS, *Series episcoporum*, p. 43, que recoge la bibliografía anterior.

23. Cfr. ANTONIO FLORIANO, *Fragmento de unos viejos anales (1089-1196)*, en «Boletín de la Academia de la Historia», CXIV (1929), págs. 153-154.



que referirla a los últimos meses del año 1178 en que Alfonso II escribe a Luis VII la carta que lo documenta, y al año 1181, fecha en que el falsario fue ahorcado en Barcelona <sup>24</sup>.

24. Esta nueva cronología plantea nuevos problemas. Por un lado la del momento exacto en que el falso Alfonso I el Batallador apareció. Creo que pudo influir el fracaso económico tenido por el reino aragonés hacia 1174. Por otro lado, el fragmento turolense que contiene la noticia analística, que señala cómo el falso monarca fue bien recibido por gentes de Calatayud, Daroca y Zaragoza. No he podido recoger en Santiago de Compostela la lista de tenentes aragoneses de estas plazas durante los años que aquí interesan. Pero observo que Pedro de Luesia, Loferrench de Luna, Pedro de Castillazuelo señor de Calatayud, Jimeno de Artusilla—que era también mayordomo—, sufrieron un eclipse por esos momentos en sus tenencias, lo mismo que Pedro Cornel, señor de Murillo de Gállego. Y es interesante resaltar que los nombres de esos mismos personajes figuran en la leyenda de la Campana de Huesca como ejecutados por Ramiro II el Monje con motivo de su ejemplar matanza. ¿Hay una influencia de una leyenda en torno al falso Alfonso I el Batallador sobre la leyenda de la Campana de Huesca? Esos personajes anacrónicos que figuran como ejecutados por Ramiro II en 1136 y tuvieron existencia real años más tarde, ¿fueron quienes apoyaron al pseudo Alfonso I el Batallador? Sospecho que sí. Pero sólo se podrá llegar a una conclusión estudiando los documentos de la completa colección diplomática de Alfonso II de Aragón, tema que ofrezco a mis amigos Caruana y Aragón.

## APENDICES

### I

#### Fines 1178-principios 1179

*Alfonso II de Aragón recuerda a Luis VII de Francia la amistad que unió a Ramón Berenguer IV con el monarca franco, y presenta al obispo de Lérida como su emisario en los diversos negocios que este tratará por orden del aragones.*

Ed. *Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, XV, n.º 223, p. 71..

Nobili et illustri Ludovico Francorum regi, Ildefonsus Dei gratia rex Aragonum et comes Barchinonensis, salutem atque totius dilectionis affectum. Non immemor illius amicitie quam felicis memorie pater meus vobiscum habuit, eadem in amicitia vobiscum semper manere ac perseverare volo, expositus ex toto voluntati et servitio vestro, cum omni terra mea, regnique viribus. Proinde siquidem vobis tamquam praecordiali amico dignum intimare curavi, me per Dei gratiam in omnibus prospere valentem totius terre mee integre ac potentissime dominari, et in ea regie regnare, et sic Deo prestante tam

apud Hispaniam quam apud partes alias cuncta negotia mea honorifice ac pro voluntate peragere. Ad hoc, venerande amice, totum esse nostrum per Ilerdensem episcopum, presentium latorem, dilectioni atque discretioni vestre transfero nunciandum, cui vos tanquam metipsi credatis, atque obtentu nostri in salubri consilio vestro, et in ceteris sibi necessariis, illi Romanam curiam adituro, si placet, provideatis. Valeat nobilitas vestra.

## II

### Fines 1178-principios 1179

*Alfonso II de Aragón pide a Luis VII de Francia que ejerza el rigor de su justicia sobre el falsario que pretende hacerse pasar por Alfonso I el Batallador.*

Ed. *Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, XV, n.º 224, p. 71.

Venerando ac semper diligendo amico Ludovico, illustrissimo Francorum regi, Ildefonsus, per Dei gratiam rex Aragonum et comes Barchinonensis, cum omni dilectione salutem. Inter cetera que per Ilerdensem episcopum vobis notifico, hoc unum discretioni vestre intimare curo. Ad me pervenit quod ille senex homo qui fingens se tanquam fraudulentissimus regem Ildefonsum meum avunculum quandoque ad terram meam sua machinatione ac fraude subvertendam venerat, modo apud vos et terram vestram conversatur. Unde de discretionem vestra, quae maxime famosa atque laudabilis semper apparuit, plurimum admiror, quia huiusmodi dolosum ac tante falsitatis hominem in terra vestra permittitis unquam adesse. Cum enim manifestissime probatum sit, illum hominem falsissimum ac dolosum esse, quando ad vestras declinavit partes, incarcerare ac de eo acerrimam exercere iustitiam deberetis. Igitur ex toto exponens me cum regne meo ad omnem voluntatem vestram atque servitium, amicitiam vestram, de qua plurimum confido, obnixè rogo quatinus de homine illo si invenire poteritis talem et tantam sumatis sui corporis iusticiam, quod pro huiusmodi merito teneat vobis semper obnoxius. Valeat vestra nobilitas.